



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

marzo/abril 2022

Índice n° 2/2022

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
5	El árbol plantado junto a las aguas	<i>F. Runkel</i>
9	Bernabé	<i>Ph. Laügt</i>
13	La bendición de Dios	<i>Näher zu Dir</i>
14	La curación de Naamán	<i>H. Bouter</i>
18	La voluntad de Dios	<i>F. Koechlin</i>

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 5 del n° 1/2022)

3. La suegra de Pedro

Mateo 8:14-17; Marcos 1:29-34;
Lucas 4:38-41

Quienes reverencian las Escrituras y creen en su inspiración divina no tendrán dudas en creer que existe una razón espiritual para que Mateo desplace el relato de este incidente en la narración de su evangelio. Porque él lo registra después de la curación del leproso y del siervo del centurión, mientras que Marcos y Lucas comprueban que esto ocurrió en algún momento anterior a ambos hechos.

El carácter dispensacional del evangelio de Mateo es la verdadera explicación de esta diferencia. De este modo **la sanidad del leproso** por el toque de Jesús es un cuadro característico del tiempo de la presencia personal de nuestro Señor sobre la tierra. Él estuvo día tras día en contacto estrecho con Israel, dispuesto a derramar todas las bendiciones sobre la nación, pero encontró poca fe. **La sanidad a distancia del siervo del centurión** por medio de Su palabra evoca el período actual. Él no está más personalmente entre nosotros, pero su Palabra está con nosotros,

y multitudes de gentiles encuentran bendición por medio de la fe en su maravilloso mensaje. **La sanidad de la suegra de Pedro** es un cuadro anticipado de lo que Jesús hará cuando su actual obra entre las naciones haya concluido. Él se volverá nuevamente en bondad hacia Israel, de lo cual la suegra de Pedro es una figura representativa. Ella estaba postrada en cama con una gran fiebre cuando el Señor la encontró, pero un solo toque de su mano bastó para su completa sanidad. De igual manera Él encontrará a su nación al límite de la ruina en el día en que se afirmen sus pies sobre el monte de los Olivos (Zacarías 14:4). Entonces su presencia personal será tan eficaz para el pleno levantamiento de Israel como lo fue para la suegra de Pedro. Ningunas de las iniciativas políticas desplazadas por los hombres lograran poner fin a siglos de aflicción para Israel. Ese bendito fin es completamente seguro si creemos en las Escrituras, porque esto resultará de la aparición del Hijo del Hombre. Cuando el Libertador venga de Sion, él apartará de Jacob la impiedad, y luego todo Israel será salvo (Isaías 59:20; Romanos 11:26).

La suegra de Pedro siendo sanada, termina el día con gran bendición. Multitudes de sufrientes se reunieron a su alrededor, encontrando sanidad y simpatía junto al Señor lleno de gracia. Así será también en

un tiempo futuro. Cuando las doce tribus de Israel vuelvan a su país, y una vez más gocen del favor divino, paz y bendición universal prevalecerán entonces. El mundo gime bajo sus numerosas cargas, y muchas medidas son intentadas para mitigarlas, pero todos los esfuerzos en esa dirección serán fútiles hasta que el verdadero y justo Rey de toda la tierra regrese. Su orden en ese día será el siguiente: Primero, Israel bendecido; después, todas las naciones por medio de Israel. Mientras tanto, el perdón y la salvación están disponibles para todo aquel que pone su confianza en la preciosa sangre del Salvador.

4. La tormenta en el lago

Mateo 8:23-27; Marcos 4:35-41;
Lucas 8:22-25

Si los hombres fueron incapaces de reconocer a su Creador cuando él vino a habitar aquí en carne, la creación reconoció su presencia y poder. La tempestad descrita en las referencias más arriba tomó lugar al final del día en el cual las siete parábolas de Mateo 13 fueron pronunciadas. Cansado después de un día de labor, el Salvador dormía en la barca, una tocante prueba de la realidad de su humanidad. De pronto en el mar de Genesaret se presentó una tempestad que caía sobre la barca. Aunque eran creyentes, los discípulos se llenaron

de terror; débilmente comprendían quien era Aquel que viajaba con ellos. Si hubiesen considerado que él era el Creador del universo, no habrían experimentado tal alarma. ¿No era él quien, edades antes, había encerrado el mar con puertas, y puesto nubes por vestidura suya, y dicho: “Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas”? (Job 38:8-11). ¿Podía entonces el mar tragarse a su propio Creador y Señor?

¡Ay del pobre corazón humano! Marcos, con su habitual consideración de los detalles, nos dice que los discípulos despertaron a su Señor, clamando, “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?” Es penoso transcribir tales palabras, ¡cuán cruelmente deben haber herido la sensibilidad del Salvador! “¿No tienes cuidado?” Si él no tuviese cuidado por los hijos de los hombres, se habría quedado en su propia gloria. El pesebre de Belén, la barca en Galilea, y la cruz del Calvario nunca habrían sido su parte. Aun así, su gracia es tan grande que ninguna palabra de censura escapó de sus labios; solamente dijo: “¿Por qué estáis amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?” Bien se ha dicho: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:46). ¡Pero cuán penoso era para Él encontrar tan poca fe entre los objetos especiales de su favor, después de haber constatado

la espléndida fe del centurión gentil! (Mateo 8:5-13).

Su voz bastó para calmar los elementos. “Calla, enmudece”. El Salmista escribió de Él mucho antes de su encarnación: “Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas” (Salmo 89:9). Cuando vino a ser hombre, no dejó de ser Dios y poseía todos los atributos de la Deidad. La omnipotencia y la omnisciencia brillaban en él dondequiera que la oportunidad hacía necesario su despliegue. Demonios, enfermedades, muerte, vientos y olas, todo obedecía a Su palabra. Pero el pensamiento humano, aunque enseñado por Dios, es incapaz de comprender el misterio de la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en su Persona. La razón tiene insolubles dificultades aquí; pero la fe encuentra en ello un tema de adoración y alabanza.

Este milagro llevó a los discípulos a Sus pies maravillados, no sin mezcla de temor, “¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?” La respuesta es simple y clara. Él era Dios manifestado en carne, y seguía su camino a la muerte para la eterna bendición de todos los que en Él creen. Pero en su senda de humillación —como ahora en su gloria— tenía poder para disipar todos los peligros que podían caer sobre los suyos. Tormentas de varias formas pueden venir sobre

nosotros durante nuestro paso a través de este mundo, pero ninguna de ellas podrá destruirnos porque Jesús vive. Nuestra parte es confiar simplemente en Él.

5. Los dos endemoniados

Mateo 8:28-34;

Marcos 5:1-20; Lucas 8:26-39

La sujeción del hombre al poder de Satanás es la consecuencia de la caída, y es una terrible realidad que no debe ser menospreciada ni subestimada. En varias ocasiones el Salvador, cuando estuvo en la tierra, fue confrontado por personas que estaban poseídas por demonios. Esto, aunque estaba relacionado con aflicciones particulares, es un cuadro general de la condición espiritual de cada hombre no regenerado.

El príncipe de la potestad del aire dirige el curso de los eventos del mundo, operando en todos los hijos de desobediencia (Efesio 2:2). Sometiéndose ellos mismos a su autoridad, los hombres vienen a ser sus esclavos (Romanos 6:16).

Mateo nos habla de dos endemoniados que salieron al encuentro del Señor a la orilla del mar de Galilea, después de la tormentosa travesía. Destacablemente, Marcos y Lucas solo hablan de uno. Es probable que uno de los dos casos era más desesperado que el otro, y por eso Marcos y

Lucas centran su atención en él. Pero Mateo, que siempre escribe a lectores judíos, y quien conocía la importancia para ellos del testimonio de dos testigos (Deuteronomio 17:6; 19:15), fue cuidadoso en registrar el hecho de que los dos hombres fueron libertados, aunque omite otros detalles.

La mayoría de los hombres eran ciegos ante la gloria personal del Señor Jesús, pero los demonios siempre le reconocieron como el Hijo de Dios, y temblaban ante él. Conociendo que él era el Juez que, al comienzo de su reino venidero, los arrojará junto con su jefe al abismo (Apocalipsis 20:1), le rogaban que no los mandase a esa terrible región antes del tiempo. En respuesta a su súplica se les permitió entrar en un hatillo de cerdos, con el resultado de que dos mil de ellos se precipitaron violentamente en el mar por un despeñadero, y perecieron.

Todos los habitantes de la ciudad se enteraron de lo que había sucedido. Encontraron a los que anteriormente habían estado poseídos por los demonios, en completa paz a los pies del Señor Jesús, vestidos, y en su juicio cabal. Toda su ferocidad, que había aterrizado al vecindario, se había ido para siempre. Cosa sorprendente, en lugar de gratitud, la antipatía llenó las mentes del pueblo y rogaron al Salvador que se fuera de sus contornos. Dos hombres

habían sido libertados del poder de Satanás, pero al costo de dos mil cerdos. ¿Eran estas dos almas dignas de dos mil cerdos? En su deplorable ceguera, ellos juzgaron que no. Si la presencia del Hijo de Dios en medio de ellos producía tal resultado, entonces ellos preferían tener a Satanás. Tal conducta nos puede parecer increíble, pero vemos que los hombres de hoy también gastan sus propias almas por cosas que no tienen ningún valor. No les importa que el Salvador tenga el poder, por su preciosa sangre vertida en la cruz, de librar a las almas que sufren bajo el yugo de Satanás. A juicio de muchos, el trabajo, los bienes y el placer, todo esto es preferible a cualquier bendición que Cristo pueda conceder.

W.W. Fereday (Continuará)

El árbol plantado junto a las aguas

“Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que

su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto” (Jeremías 17:7-8).

La importancia de las raíces

Si preguntamos cuál es la parte más importante de un árbol, recibiremos diferentes respuestas. Algunos indicarán el porte imponente, la protección o la sombra que ofrece; otros pondrán el acento sobre su fruto. Pero según la Biblia la parte más importante del árbol son las raíces, la parte invisible.

Las raíces tienen dos funciones esenciales: dan al árbol su anclaje y solidez, y aseguran su nutrición. Son funciones vitales para el crecimiento y la fertilidad.

Confiar en un Dios que nos ama

Estos versículos nos hablan de confiar en Dios. Es más que creer. Creer a alguien significa «tener por verdadero» lo que dice. Confiar, implica además de sentir su buena disposición hacia mí, que desea mi bien, que me ama. Y porque es así, pongo mi confianza en él (la persona a quien creo). ¡Cuántas razones tenemos para confiar en nuestro Dios! En la cruz, nos mostró de manera maravillosa que nos ama y desea nuestro bien.

El Espíritu Santo utiliza aquí la comparación con un árbol para ha-

blarnos de un hombre que confía en Dios y cuya confianza es Jehová; esta última expresión evoca un estado habitual.

Muchos creyentes que tienen una larga vida cristiana pueden confirmarlo: la confianza en el Señor Jesús y en nuestro Padre celestial es de importancia primordial, tanto para nuestra vida personal como para la vida colectiva. Tener constantemente la certeza de que Dios quiere nuestro bien, que nos ama y nos es favorable ¿no es lo que necesitamos especialmente en los días de incertidumbre, de preocupación o angustia?

Plantado junto a las aguas

La comparación con el árbol muestra claramente de donde proviene la confianza en el Señor, y lo que ella produce. Hay una relación entre las raíces, el agua y el estado de salud del árbol, un estado que no se altera cuando viene la prueba. En esta comparación, el agua o el arroyo es una figura de la Palabra de Dios.

Aquel que acude a Dios y que acepta por la fe al Señor Jesús como su Salvador personal ha sido, por así decirlo, “plantado junto a las aguas”. La Palabra de Dios actuó en su corazón y lo condujo a la fe en el Redentor. Es lo que Dios produjo en su infinita gracia.

Hecha sus raíces junto a la corriente

Pero el árbol no solamente fue plantado junto a las aguas, él hace algo: extiende sus raíces hacia la corriente. El que es convertido no se conforma con saber que es nacido de nuevo; sino que también lee con asiduidad la Palabra de Dios, la toma para dirigir su vida entera. Viene a ser su línea directriz.

Por un lado, la Palabra de Dios es el fundamento de la fe, es como el terreno de anclaje de las raíces del árbol, un apoyo seguro en los días de tempestad. Aunque vengan ataques del exterior o dudas desde el interior, es de la Palabra que recibimos la estabilidad para nuestra vida diaria con el Señor.

Pero ella no procura solamente un buen anclaje y solidez. En la Palabra de Dios también podemos tomar el alimento cotidiano para el hombre interior, así como el árbol toma el agua por sus raíces (compárese con Colosenses 2:7). Esta Palabra fortalece nuestra confianza en Dios, la hace más fuerte. Ella nos endereza, nos levanta, cuando vienen el miedo y las preocupaciones, cuando las situaciones que atravesamos nos sobrepasan. Por su lectura, nuestra confianza en Dios y nuestro arraigo al Señor Jesús crecen continuamente.

No es algo que se adquiere definitivamente. Es necesario que diariamente nutramos y fortalezcamos

nuestra confianza en el Señor por la lectura y la meditación de la Palabra de Dios.

El crecimiento escondido viene a ser visible

Así como no se ve el crecimiento de las raíces de un árbol, el arraigo de la confianza en Dios es, en sí mismo, un proceso que escapa a la vista humana. Pero los efectos y las consecuencias son bien visibles. Es como para el árbol en los tiempos de prueba:

- no siente cuando viene el calor;
- su hoja queda verde;
- en la sequía, no se fatiga;
- no deja de dar fruto.

No tiene miedo, ni siquiera del gran calor

El calor evoca las pruebas que nos hacen sufrir. Pero en tales situaciones, la Palabra fortalece nuestra confianza diciéndonos: “Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13). ¡Cuán a menudo encontramos en la Palabra el alentador llamamiento: “No temáis”! Nuestro Señor nos dice, como dijo José a sus hermanos, consolándolos y hablándoles al corazón: “No tengáis miedo; yo os

sustentaré a vosotros y a vuestros hijos” (Génesis 50:21). No tenemos por qué tener miedo, porque ¡el Todopoderoso que nos ama está a nuestro lado!

Un testimonio constante para el Señor

El follaje del árbol, lo que se ve de lejos, es una imagen del testimonio del cristiano. ¡Cuántas enseñanzas prácticas encontramos en la Palabra de Dios para guiarnos y estimularnos a ser testigos para el Señor! Con la confianza en él, podemos andar en el camino que nos trazó y ser sus testigos. Un follaje verde permite estimar el estado de salud de un árbol. ¿Demuestran nuestra vida y testimonio para el Señor que tenemos buenas “raíces”?

En la sequía, la confianza no se fatiga

Cuando no hay lluvia durante mucho tiempo, todo se seca en la naturaleza. El más grande o hermoso árbol no resiste si no puede echar sus raíces junto al agua. Si le falta agua, varias de sus ramas se secarán y romperán en la próxima tormenta. Pero no será así con el creyente que busca cada día en la Palabra de Dios una fuerza nueva, y encuentra allí lo que fortalece su confianza en Dios.

También en nuestra vida hay tiempos de sequía, épocas en que las bendiciones exteriores y terrenales que Dios da pueden faltar; hay tal vez dificultades en el trabajo, preocupaciones por la educación de los hijos, problemas de salud, o amistades que se cortan... Pero el árbol queda inquebrantable. Evidentemente sentimos esas circunstancias y sufrimos por ellas, pero no deben debilitar nuestra confianza en Dios ni hacerla vacilar. La ración diaria necesaria de agua hace sobrevivir al árbol durante los períodos de sequía.

Frutos para Él

Lo más hermoso es para el fin. No importa lo que suceda, tempestad, calor, sequía: aquel que es plantado junto a las aguas no deja de dar fruto. El fruto en la vida del creyente es todo lo que, a través del Espíritu Santo, viene de la vida divina que hemos recibido, del Señor Jesús mismo. Y los frutos más preciosos son producidos por Dios cuando ve en nuestra vida y actitud algo que se asemeja a lo que vio en su Hijo durante su vida sobre la tierra.

Dar fruto constantemente

“No... dejará de dar fruto” es un gran aliento para todos los creyentes que llegan a la ancianidad. La

actividad exterior y visible para el Señor disminuye a causa de que las fuerzas físicas se debilitan. Pero esto no significa que el árbol deja de dar fruto. Tal vez los frutos tengan una apariencia distinta de cuando eran jóvenes, pero habrá siempre fruto, fruto para nuestro Señor.

La ocasión de llevar fruto para Él, la tenemos ahora sobre la tierra. Utilicemos este tiempo que Dios nos concede.

F. Runkel

Bernabé

Un hijo de consolación

(Viene de la página 9 del n° 1/2022)

Viaje de dos misioneros

(Hechos 13 y 14)

Hasta ahora, Jerusalén ha sido el centro de la obra del Señor. Pero la Iglesia tiene un carácter celestial, es independiente de todo el sistema judío y, además, Jerusalén pronto será destruida. Por eso el Señor llamó a Pablo desde Antioquía, una ciudad fuera de Israel, para cumplir un ministerio especial entre los gentiles. Había

allí profetas y maestros de origen muy diverso: entre los nombres dados, encontramos a Bernabé, el primer nombre, y a Saulo, el último. “Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2).

Estos dos siervos no argumentaron que eran útiles en ese lugar. Sin demora, sujetos al llamamiento del Espíritu Santo, se fueron acompañados por las oraciones de la iglesia local para un viaje misionero sembrado de dificultades y sufrimientos que duraría aproximadamente tres años. Al principio, Juan (llamado también Marcos) los acompañó y los ayudó, pero desde Panfilia se apartó y volvió a Jerusalén (v. 5, 13). Su fe no estaba a la altura del servicio en el que se había comprometido, y no pudo hacer frente a las dificultades que venían.

Bernabé y Saulo evangelizaron al principio en la isla de Chipre, de la cual el primero era originario. Llegaron a Salamina, luego a Pafos, la capital. Allí se encontraron con un personaje inquietante, Barjesús (Elimas). Este mago judío aprovechó las necesidades espirituales del procónsul romano para ejercer una influencia nociva sobre él. Este cómplice de Satanás resistía a los siervos de Cristo, “procurando apartar de

la fe al procónsul” (v. 8). Lleno del Espíritu Santo, Saulo —aquí nombrado Pablo (Pablo significa «pequeño») por primera vez— llamó sobre este hombre el juicio de Dios: “Serás ciego... por algún tiempo”; e inmediatamente las tinieblas cayeron sobre él. Entonces el procónsul Sergio Paulo “creyó, maravillado de la doctrina del Señor” (v. 9-12).

Bernabé y Pablo luego llegaron a Antioquía de Pisidia y, conforme a su costumbre, entraron en la sinagoga un sábado. A medida que leemos estas historias, nos damos cuenta de que el apóstol Pablo pasa poco a poco a primer plano. En el curso práctico de este servicio en común, estos dos siervos discernían el lugar asignado a ellos, y cada uno tomaba el suyo con humildad. Incluso en un trabajo común, cada uno tenía su propia responsabilidad y solo podían caminar con su fe personal. En la sinagoga de Antioquía, primero simples oyentes, los visitantes fueron invitados a entregar alguna palabra (v. 15). Pablo se levantó y, teniendo a Bernabé a su lado, fue él quien recordó a la audiencia cómo Dios cumplió en Jesús las promesas hechas a David (Salmo 132:11). Mostró cómo todo estaba de acuerdo en confirmar que Jesús era el Mesías: el testimonio de Juan después del de todos los profetas, el cumplimien-

to de las Escrituras en su muerte, cuando no se había hallado en él causa digna de muerte. Finalmente, sobre todo, Pablo proclamó su resurrección triunfante, la verdad capital del cristianismo (1 Corintios 15:14).

Cuando salieron de la sinagoga, muchos de los judíos y prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes los exhortaron a perseverar en la gracia de Dios (Hechos 13:43). Los gentiles les rogaron que se les dirigiera nuevamente el mensaje del Evangelio el siguiente sábado, lo cual procedieron en hacer. Y, de hecho, casi toda la ciudad se juntó para oír la Palabra de Dios. Pero viendo la muchedumbre, los judíos, llenos de celos, contradijeron y blasfemaros (v. 45). Esta dolorosa escena marca un punto de inflexión crucial en la proclamación del mensaje que estos siervos entregaron conjuntamente de parte de Dios.

“Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la Palabra de Dios; más puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles”. Y en apoyo de su declaración, citaron las Escrituras (Isaías 49:6). Oyendo esto, los gentiles se regocijaron y glorificaron la Palabra del Señor;

“y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hechos 13:46-49).

Los judíos iniciaron inmediatamente una persecución contra los mensajeros de Cristo. Pablo y Bernabé fueron expulsados de su territorio y continuaron su ministerio en otras ciudades. A lo largo de su peligroso viaje, el Señor preservó a sus fieles siervos, ya sea en Iconio o en Listra, donde Pablo, que acababa de sanar a un cojo, fue apedreado y dado por muerto (Hechos 14:9-10, 19). Sin embargo, no estaban asustados ni desanimados, y con calma prosiguieron su ministerio. Luego regresaron a las ciudades donde ya habían anunciado el Evangelio. Habían calculado los gastos (Lucas 14:28) y se apoyaron resueltamente en el Señor. No se dejaron vencer por las penas, necesidades ni tribulaciones vinculadas a su servicio. Sufrir juntos por Cristo solo podía unirlos aún más. Su ejemplo dio mucha fuerza a sus palabras para animar a los discípulos. Pablo y Bernabé los exhortaron a “que permaneciesen en la fe”, y les dijeron: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22).

Su viaje se terminaba. Regresaron a Antioquía, y habiendo reunido a la iglesia, “refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la

fe a los gentiles” (v. 27). Atribuyeron todo a Dios (compárese con Lucas 17:10).

Los creyentes enfrentando una dificultad doctrinal (Hechos 15:1-35)

Algunos que venían de Judea a Antioquía, donde la iglesia estaba compuesta principalmente de creyentes de entre los gentiles, afirmaron categóricamente: “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos” (v. 1). Esta afirmación significaba que la obra de Jesús no era suficiente y que era necesario agregarle obras. Pablo y Bernabé fueron llamados una vez más a contender para establecer la verdad. Primero hubo una contienda no pequeña con estos hermanos visitantes de Judea. Luego, con la confianza de la iglesia local, Pablo y Bernabé fueron encaminados, acompañados por algunos hermanos, a los apóstoles y los ancianos en Jerusalén.

Se reunieron para examinar este grave asunto. Y el testimonio de estos “amados Bernabé y Pablo... que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo” fue de gran peso (v. 25-26). Bernabé, como Pablo, entendía que todos nosotros, judíos o griegos, hemos “muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo” (Romanos 7:4) y que somos salvos de una sola y misma

manera: por la gracia del Señor Jesús (Hechos 15:11). Desde entonces, tenían que guardarse de esclavizar e inquietar a los creyentes por lo que la epístola a los Gálatas llama “los débiles y pobres rudimentos” (Gálatas 4:9).

Esta misma epístola, después de haber aludido a los eventos de Hechos 15, también nos dice que el apóstol Pedro, en un momento en que se encontraba en Antioquía, tuvo una actitud equívoca. Tenía la libertad de comer con los gentiles. Pero cuando los judíos firmemente apegados a los principios judaicos vinieron a Antioquía, Pedro se apartó de estos creyentes. En su simulación participaron otros, “de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos” (Gálatas 2:13). La reprensión delante de todos de Pablo fue, en la mano del Señor, el medio para volver a poner todo en su lugar.

Una dificultad personal (Hechos 15:36-41)

Al fallar los esfuerzos del enemigo para causar problemas y dividir, parecía que el trabajo podía reanudarse para la gloria de Dios. La preocupación por todas las iglesias formadas durante su primer viaje instó a Pablo a proponerle a Bernabé, su compañero en la obra, que volvieran a todas las ciudades donde habían anunciado la Palabra

de Dios, para ver cómo estaban los hermanos espiritualmente.

¡Ay! Apareció un desacuerdo entre los dos siervos de Dios acerca de Marcos. Bernabé quería que su sobrino los acompañara, pero a Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia (v. 38). En la mente de Bernabé, la presencia de Marcos tenía prioridad sobre la feliz perspectiva de un viaje con Pablo, para seguir juntos la lucha del Evangelio, rica en frutos para la eternidad. La Escritura especifica: “Hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro; Bernabé, tomando a Marcos, navegó a Chipre, y Pablo, escogiendo a Silas, salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor”. Luego pasó por Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias (v. 39-41).

¿Y más tarde?

Algunos años después, el apóstol Pablo cambió su opinión sobre Marcos. De hecho, se había convertido en un fiel siervo, en el corazón del cual Dios había trabajado (Colosenses 4:10; 2 Timoteo 4:11). Pablo, encarcelado por segunda vez en Roma, testificó claramente: “Me es útil para el ministerio”. Todo parecía indicar que fue Marcos quien recibió el invaluable servicio de escribir el evangelio que lleva su nombre.

Cabe constatar que, en Bernabé, los lazos naturales prevalecieron, en el momento de una elección decisiva, sobre importantes consideraciones espirituales. ¡Qué advertencia para nosotros! Si alguien como Bernabé, que trabajó tantos años entre los creyentes y en medio de los gentiles con una bendición particular en su ministerio, no ha estado por un momento a la altura de su fe y su devoción, ¡cuánto debemos velar para no dar media vuelta cuando es preciso seguir un camino trazado por el Señor, porque implica un renunciamiento de nuestra parte!

Desde entonces, Bernabé ya no se menciona en Hechos, pero sí en las epístolas de Pablo. Podemos esperar que la irritación entre estos dos hermanos fue de corta duración. El pasaje de 1 Corintios 9:6 sugiere que a partir de entonces Bernabé todavía era un siervo del Señor conocido y estimado.

No nos detengamos más de lo necesario en las sombras que han oscurecido por un tiempo el camino de este “varón bueno”, excepto para aprender una lección personal de él. Cuando hablamos de Bernabé, debemos temer que nuestra mente se concentre demasiado en la disputa que tuvo con el apóstol Pablo. Es humillante ver cuán fácilmente nuestros pensamientos registran las deficiencias de nuestros hermanos en lugar de

tratar de ver en primer lugar todo lo que Cristo ha producido para su gloria por medio de ellos. Mejor, tomémonos un tiempo para juzgar seriamente nuestras propias fallas.

¡Que el modelo de este fiel hermano, completamente dedicado al bien de los creyentes y a la salvación de las almas perdidas, sea un ejemplo para nosotros!

Ph. Laügt

La bendición de Dios

“No te dejaré, si no me bendices” (Génesis 32:26)

Jacob había vivido en casa de su tío Labán por más de 20 años. Y ahora está en el camino de regreso a su casa. Una noche, al lado del río, Jacob hace una experiencia muy especial. Un varón lucha con él. Es Dios mismo quien se pone de frente en el camino. Cuando el varón ve que no puede con él, toca en el sitio del encaje del muslo de Jacob y lo descoyunta. A partir de este momento, Jacob queda cojo para el resto de su vida. Así tiene que acordarse siempre que no se puede conseguir la bendición de Dios por su propia fuerza.

Esta lucha misteriosa muestra que Dios a veces debe intervenir duramente, aun en nuestra vida. No lo hace para hacernos sufrir sin razón. Pero desea alcanzar un propósito en nosotros: En vez de actuar con nuestra propia fuerza y sabiduría debemos aprender a apoyarnos en Él.

Es profundamente conmovedor ver cómo Jacob se aferra a su Dios después de esta lucha. Ahora ya no tiene más que un solo deseo: “No te dejaré, si no me bendices”. Desea que este encuentro con Dios traiga ricas bendiciones para el resto de su vida.

Cuando estamos quebrantados interiormente como consecuencia de una intervención divina no nos queda más que un solo recurso: ¡aferrarnos con fe a nuestro Dios! Él nos asiste, cura nuestras heridas y en nuestra debilidad nos da su fuerza. ¡Hagamos lo mismo que hizo Jacob y pidámosle a Dios que nos dé una bendición! Él abrirá las ventanas de los cielos y nos dará su abundante gracia.

Näher zu Dir

La curación de Naamán

2 Reyes 5

“Ve y lávate... y serás limpio”
(2 Reyes 5:10, 13)

“El que está lavado... está todo limpio” (Juan 13:10)

1. La lepra de Naamán (2 Reyes 5:1)

En este artículo consideraremos la lepra de Naamán y su curación desde la perspectiva del Nuevo Testamento. Su limpieza ofrece una clara ilustración sobre la purificación del pecador de sus pecados. Después de conocer primero brevemente a los personajes de este capítulo de la Biblia, nos ocuparemos de la pregunta: ¿Por qué la lepra es figura del pecado?

Los personajes principales

Realmente, esta conocida historia es una obra maestra del poder narrativo. Se describe aquí a un número de personas de un modo más claro y definido que en la novela más fascinante. Esto no nos sorprende, puesto que es la Palabra de Dios, viva y eficaz. En primer lugar, presentaremos a los personajes principales:

Naamán, general del ejército sirio

1) Naamán, general del ejército sirio: Varón grande y en alta estima tanto delante de su señor como de sus criados (v. 1, 13). Ahora bien, tenía un problema imposible de solucionar: era leproso.

2) Una joven de la tierra de Israel: Vivía cautiva en un país extranjero, pero permaneció fiel al Dios de Israel. Tenía gran fe y amaba a sus enemigos (v. 3). Esta joven queda en el anonimato, pero es bastante notable a causa de sus cualidades espirituales.

3) El rey de Israel: Su nombre no se menciona tampoco, pero deducimos que era Joram, el hijo del malvado Acab. Estaba caracterizado por la incredulidad, la exasperación y la sospecha (v. 7).

4) El profeta Eliseo, el portavoz del Dios viviente: Es el personaje central de este capítulo, y sobresale por su simplicidad y capacidad de decisión hacia los jefes de la tierra y su propio criado Giezi.

5) Giezi, el criado del profeta: Destaca un agudo contraste con su señor como consecuencia de su ambición, ignorancia y mundanería. Los motivos más profundos de su corazón son puestos al descubierto, como precisamente más tarde Judas sería puesto en evidencia por el Señor mismo. El capítulo termina como empieza: ¡con un leproso! La lepra de Naamán se le pegaría a Giezi y a su descendencia para siempre (v. 27).

Naamán era un hombre muy apreciado y popular. Su nombre también significa «agradabilidad» o «amistad». El respeto que otros tenían por él puede deberse a su carácter de altos principios. Tanto su señor como sus criados parecen haber sido sinceramente comprensivos hacia él (v. 4-5, 13). No obstante, en el primer versículo, el favor del que gozaba estaba relacionado con sus éxitos militares, “porque por medio de él había dado Jehová salvación a Siria”.

Esta última declaración es muy reveladora. Viene a decir, en realidad, ¡el Señor reina! Dios no gobierna solamente a su propio pueblo, sino también a las naciones de la tierra. Y tal es siempre el caso, aunque sus juicios son, con frecuencia insondables y sus caminos inescrutables. Esta es la primera lección que aprendemos aquí.

Dios no es un dios local, un dios de los montes o un dios de la llanura, o de uno de los elementos. Esto es lo que pensaban los gentiles, y también lo que los sirios creían (1 Reyes 20:23). Pero era un error. Dios es el Dios viviente, el Señor de los cielos y de la tierra. Él sostiene el mundo entero en sus manos.

En segundo lugar, Él usa a las naciones, si es necesario, para juzgar a su propio pueblo. Aram (Siria) era una vara de disciplina en los días del malvado Acab y sus sucesores.

Y Asiria, el poder mundial que entonces surgía, sería lo mismo en una medida incluso mayor (Isaías 10:5). Aram había estado ya amenazando a Israel por el norte desde los tiempos de Salomón (1 Reyes 11:25). No siempre había guerras continuas entre los dos estados, ya que algunas veces hicieron tratados de paz (compárese el pacto entre Acab y Ben-adad en 20:34). Las relaciones entre Siria e Israel en ese tiempo parecían más una paz armada. El mismo caso ocurría aquí, puesto que el rey de Israel vio ocasión para una nueva guerra en esta carta del rey de Siria (2 Reyes 5:7).

Dios, por lo tanto, usó a este enemigo del norte como la vara de su furor. Aram significa «alto» o «elevado». En Aram vemos una figura del mundo como el adversario fatuo del pueblo de Dios, un enemigo convencido de su propia excelencia y que habla de modo autocomplaciente sobre sus propias posibilidades (véase la actitud de Naamán en el v. 12). Si el pueblo de Dios se encuentra en una mala condición, deberá sufrir la derrota en su confrontación con el mundo. Hoy día, todavía ocurre lo mismo. ¿Somos conscientes de ello?

Suponemos que la victoria de Naamán fue obtenida efectivamente sobre Israel, aunque eso no sea dicho con tantas palabras. Existe una interesante tradición judía que dice que Naamán era el arquero que hirió al

rey Acab en la batalla cerca de Ramot en Galaad (1 Reyes 22:34). Otros piensan en una victoria de Aram sobre Asiria. El segundo libro de los Reyes, no obstante, pone de relieve que Eliseo desempeñó un papel importante en las guerras entre Aram e Israel. El profeta apareció incluso en Damasco y se vio involucrado en el nombramiento de Hazael como rey de Siria (2 Reyes 8:7-15). Todo esto pertenecía al plan de Dios para castigar a su pueblo que se había desviado, y llamarlos al arrepentimiento.

Naamán, general del ejército sirio, era por tanto varón grande. Todo el mundo estaba favorablemente dispuesto para él. Hasta había sido un instrumento en las manos de Dios. Diríamos que tenía éxito en todas las cosas. Pero todo era apariencia. Era únicamente el lado externo de su vida. Naamán tenía un problema oculto.

Su lepra

La bella descripción del versículo 1 del capítulo 5 es perjudicada por un grave “pero”. Se dice de modo sorprendente: “pero leproso”. Tenía una enfermedad incurable, y nadie podía ayudarlo. Es posible que la enfermedad estuviese aún en su fase primaria, ya que el versículo 11 habla del “lugar” afectado de su cuerpo.

Pero la enfermedad se extendería insidiosamente y afectaría cada

vez más varias partes de su cuerpo. Ésta era una perspectiva terrible. ¿Qué le esperaba en adelante? ¿Cómo podría seguir viviendo con este problema?

¿Qué quiere decir la Biblia con la lepra? Parece ser un término amplio, el cual se aplicaba también a los vestidos y a las casas (Levítico 13-14). Según algunas personas, incluía toda clase de erupciones y enfermedades de la piel. Pero la ley tocante a la lepra misma distingue entre la “plaga de lepra” y el “empeine que brotó” (13:39, 47). Cuando se trata de personas, tendremos que pensar en la lepra de manera específica, como en el caso de Naamán y Giezi, y el de María (Números 12). Vemos otros ejemplos de ello en las vidas de Moisés (Éxodo 4:6), el rey Azarías o Uzías (2 Reyes 15:5; 2 Crónicas 26:16-21).

Sabemos que la enfermedad y la muerte, el dolor y la tristeza, son todas consecuencias del pecado (véase Génesis 3:16-19). La muerte entró en el mundo por el pecado (Romanos 5:12). La relación entre el pecado y la enfermedad es, sin embargo, un asunto muy complicado. Pero referente a la **lepra**, puede decirse que esta enfermedad ofrece una imagen muy impresionante del pecado y de sus consecuencias mortales, destructivas.

Se pueden mencionar las razones siguientes para apoyar esto:

1) La lepra era una enfermedad infecciosa que continuaba

extendiéndose con insidia y afectaba al cuerpo entero. Sabemos que **no mora el bien** en nuestra carne de pecado (Romanos 7:18).

2) El leproso era considerado casi **muerto**. Aarón habló de su hermana: “No quede ahora ella como el que nace muerto, que... tiene ya medio consumida su carne” (Números 12:12). Como pecadores, somos muertos en nuestros delitos y pecados, y ajenos de la vida de Dios (Efesios 2:1; 4:18). Solo Él puede darnos vida (véase 2 Reyes 5:7).

3) El leproso era **inmundo**. Tenía que rasgar sus vestidos como señal de duelo y pregonar: “¡Inmundo! ¡Inmundo!” (Levítico 13:45). De la misma manera, la inmundicia y la infamia del pecado se retienen en nosotros por naturaleza.

4) El leproso habitaba **fuera del campamento** a causa de su inmundicia, lejos del lugar donde el Dios Santo moraba en medio de su pueblo (Levítico 13:46; Números 5:2; 12:14; 2 Reyes 7:3; 2 Crónicas 26:21). De la misma manera vivíamos sin Dios en el mundo, siendo enemigos de Él.

5) El leproso no era **curado** por un médico, sino **limpiado** en presencia del sacerdote. La ceremonia para la purificación, sobre la base de los sacrificios prescritos (entre ellos la ofrenda por la culpa para hacer expiación por el leproso sanado), prefiguraba la

obra de Cristo. Solamente su obra redentora pudo quitar la mancha del pecado. Además, como personas que hemos sido limpiadas por su sangre, hemos de andar en vida nueva por el poder de su resurrección. La unción del Espíritu Santo (el “aceite”) nos permitirá hacerlo así.

Cuando miramos al leproso Namán, vemos en realidad nuestra propia imagen. Podemos poseer toda clase de talentos; podemos tener éxito; la gente puede apreciarlos. Aun así, en la vida de todos existe un grave “pero”, es decir, el problema del pecado. La «enfermedad del pecado» nos afecta a todos y nos arruina. Nosotros solos no podemos solucionar ese problema mortal que destruye nuestras vidas. Pero lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Lucas 18:27).

H. Bouter (Continuará)

La voluntad de Dios

Pregunta: Romanos 12:2 nos habla de la voluntad de Dios como buena, agradable y perfecta. Comprendemos fácilmente que es buena y perfecta, pero ¿es siempre agradable?

Respuesta: Cuando leemos por ejemplo la historia de Job que pierde todos sus hijos a la vez, nos cuesta calificar la voluntad de Dios como agradable. Esto llevó a algunos a pensar que este término significa que esa voluntad es agradable solo a **Dios**, pero entonces es difícil comprender el sentido del pasaje.

Tal vez conviene relacionar este versículo más bien con lo que dice Pablo en 2 Corintios 12:10: “Por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

No es que el apóstol amaba sufrir, sino veía las cosas desde más arriba. Tenía la confianza de que Dios lo haría pasar por tales circunstancias, solo si era necesario (1 Pedro 1:6). Dios nos ama y cuenta todas nuestras lágrimas (Salmo 56:8). Pablo veía también todo lo que era producido en él en su vida presente, y el eterno peso de gloria que resultaba (2 Corintios 4:17).

Podemos también pensar en esta palabra de Cristo, expresada proféticamente en el salmo 40: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado” (v. 8), y acercarla a la oración de Getsemaní: “Aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú” (Marcos 14:36).

F. Koechlin

Jesús le dijo: El que está lavado... está todo limpio.

Juan 13:10

¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?

Marcos 4:40

Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto.

Jeremías 17:7-8

No te dejaré, si no me bendices.

Génesis 32:26

Novedades

- **El volumen encuadernado** en rústica de los años 2020-2021 de la revista Creced está disponible. Véase el precio en página siguiente.
- A petición, también se le enviará la revista Creced por correo electrónico.

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadrados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadrados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Si utiliza este medio, tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch .
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euros en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
